



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ESTRATEGIAS ALTERNATIVAS DE DESARROLLO

ARTURO GUILLÉN

Marzo 2010

ESTRATEGIAS ALTERNATIVAS DE DESARROLLO

Por Arturo Guillén

1. Introducción

Han transcurrido casi treinta años desde que América Latina experimentó la crisis de la deuda externa y comenzó a transitar hacia el modelo neoliberal y a trazar su derrotero bajo los parámetros establecidos por los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) y, a partir de 1989, por el Consenso de Washington.

El tránsito al neoliberalismo implicó un giro de ciento ochenta grados en el patrón de acumulación y en la política económica. La crisis que aquejaba a América Latina desde los años setenta fue atribuida por los portavoces del Consenso a la aplicación de políticas populistas por parte de regímenes estatistas. Todo lo realizado en las décadas anteriores fue considerado erróneo. Había que proceder al borrón y cuenta nueva. Se postulaba que bastaba con abrir cauces al mercado, mediante la liberalización y desregulación de la economía para que los desequilibrios se corrigieran y se iniciara una nueva era de crecimiento sostenido.

Con su inserción en la globalización neoliberal, los países de América Latina – se decía- caminarían hacia la modernización y el progreso económico y social. El desarrollo sería alcanzado, si se dejaba actuar libremente a las fuerzas del mercado, si se abandonaban prácticas proteccionistas, se abría la cuenta de capitales, se desregulaban las actividades económicas y se elevaba la competitividad microeconómica proyectando el sistema productivo hacia los mercados externos. La intervención económica del Estado se consideraba contraproducente, por lo que era conveniente dejar de aplicar políticas o estrategias dirigistas por parte del Estado; su misión se reducía a mantener condiciones macroeconómicas sanas y a establecer un marco legal propicio a la inversión privada. El mercado asignaría los recursos de manera eficiente orientando el perfil de la industria y del sistema productivo. El crecimiento conduciría automáticamente al desarrollo. Al crecer el pastel, el avance económico comenzaría a gotear (*trickle down*) al conjunto de la población, asegurando una nueva era de progreso social y de eliminación progresiva de la pobreza.

En la hora presente, el crecimiento alto y duradero en el marco del neoliberalismo es una mera ilusión: el sistema productivo es más extravertido y desarticulado que el que existía durante el modelo de sustitución de importaciones y, fuera de una minúscula

minoría oligárquica que se ha enriquecido escandalosamente, la mayoría de la población experimenta un deterioro persistente de sus condiciones de vida y de trabajo. Hasta los promotores iniciales del Consenso reconocen a regañadientes, los resultados negativos de la políticas económicas sugeridas por ellos (véase Williamson y Kuscinsky, 2003).

La búsqueda de una estrategia de desarrollo alternativo para América Latina comienza al despuntar el siglo XXI con el fracaso del neoliberalismo. Esta nueva ola de cambio y transformación arranca con el ascenso de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela en 1999 y rápidamente se extiende a otros países sudamericanos. Pero se puede decir que la búsqueda de estrategias de desarrollo propias y autónomas en un proyecto histórico. A riesgo de simplificar, se puede afirmar que la historia económica de América Latina puede resumirse como una larga lucha para “construir” un proyecto de autodeterminación nacional-popular, en el marco de la economía – mundo capitalista, que les permita salir del subdesarrollo y alcanzar niveles superiores de progreso social. Desde la Independencia de los países latinoamericanos de sus respectivas potencias coloniales a comienzos del siglo XIX hasta la fecha, la búsqueda del desarrollo ha confrontado dos polos opuestos: un polo “conservador” para el cual el desarrollo es asimilable a “modernización” y se resuelve con la adaptación pasiva de nuestros países a las necesidades de los centros capitalistas; y un polo “progresista” que sin renunciar a la integración con la economía-mundo, postula la necesidad de contar con un proyecto nacional de desarrollo que atienda las necesidades básicas de la población.

2. De nuevo sobre el concepto de desarrollo

Imposible abordar una discusión sobre estrategias alternativas de desarrollo, sin antes de definir adecuadamente el concepto mismo de desarrollo. Es necesario para ello retomar un viejo debate sobre esta categoría efectuado fructíferamente en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado y adaptarlo a las condiciones del mundo de nuestros días.

El crecimiento de una economía, como sabe desde entonces, no puede ser confundido con desarrollo. Ambos conceptos aluden a procesos evidentemente vinculados, pero distintos.

El crecimiento se refiere al incremento, en una unidad de tiempo, del producto interno bruto de un país determinado, en relación con el número de sus habitantes; es decir, el incremento del ingreso por habitante.

El concepto de crecimiento, como opinaba Perroux (1984), es un instrumento útil, pero obscuro. En primer lugar, presenta problemas de medición, que se incrementan en el caso de los países subdesarrollados donde existen estructuras económicas duales o heterogéneas, con amplios sectores atrasados que operan con una lógica diferente del sector capitalista moderno de la economía, y en los cuales la producción más que medirse, se imputa. Tales imputaciones son aproximaciones, no cálculos exactos.

Además deben considerarse los efectos del crecimiento en el sector moderno sobre el sector “atrasado”. Los impactos pueden ser “impulsores”, pero también pueden ser “factores de retroceso” como lo advirtió Myrdal (1957). Al respecto Singer (1975: 59) argumentaba:

“Tenemos una economía con un sector moderno que crece, pero al mismo tiempo con un desempleo creciente, una perturbación creciente en el sector tradicional, una destrucción creciente en las industrias tradicionales ¿Es esto desarrollo o no lo es? Esto ilustra la falacia de trabajar con un solo indicador. Si observamos sólo el sector moderno, podemos afirmar que tenemos crecimiento, pero si observamos el sector tradicional podemos ver decadencia y aumento del desempleo ¿Es esto desarrollo o no lo es?”

“El empleo –afirmaba- es un elemento vital del desarrollo económico. Es el empleo lo que mantiene a la gente conectada al crecimiento de su país, lo que la hace participar en el desarrollo, la mantiene en adiestramiento para empleos futuros y presumiblemente tiene un valor en sí mismo. El empleo como la educación y la salud, no es sólo un instrumento para el crecimiento económico sino que es importante en sí mismo porque forma parte del propósito mismo del desarrollo”.

Una situación parecida se presenta en América Latina con el modelo neoliberal, donde el sector exportador opera más como un “factor de retroceso” que como factor de impulso. La orientación unilateral “hacia fuera” no se ha traducido en que el progreso técnico y el crecimiento del sector exportador se irradie al conjunto del sistema productivo. Por el contrario, se han generado procesos de desindustrialización, de ruptura de cadenas productivas y de desestructuración y destrucción de la agricultura tradicional, con altos costos en materia de empleo.

A lo largo de la historia tenemos muchos ejemplos de procesos de crecimiento alto, como en el caso de las economías petroleras que no se tradujeron en desarrollo, ya que no homogenizaron las estructuras productivas ni mejoraron el bienestar social de sus poblaciones.

La acumulación y el progreso técnico son parte integrante del desarrollo desde el momento en que el crecimiento es su base material. Pero éste es solamente un prerrequisito del desarrollo, no el desarrollo en sí.

En segundo lugar, el concepto de crecimiento oculta los efectos de la destrucción ecológica y/o el deterioro de los productores directos, además de decir poco o nada sobre las condiciones reales de vida de la mayoría de la población, o sobre la distribución del ingreso entre las distintas clases y grupos sociales. El PIB per cápita puede aumentar al incrementarse por ejemplo la explotación de madera, pero dicho aumento resulta ficticio, si se ve acompañado por una disminución proporcional de la riqueza maderera y de las áreas boscosas. En la época presente, de aguda crisis ecológica - de calentamiento global del planeta, de contaminación de los mares y los ríos generada por el crecimiento capitalista, es urgente revalorar el concepto de crecimiento y avanzar en la definición de *crecimiento sustentable*. Se trata una cuestión compleja, de no fácil solución. No se debe caer en soluciones simplistas que, en un extremo, ignoran los límites de crecimiento económico y su impacto en la naturaleza, ni tampoco en el extremo opuesto, de refugiarse en posiciones románticas conservacionistas, que ignoran la importancia de una economía dinámica en la obtención de mayores niveles de desarrollo.

El desarrollo involucra cambios *cualitativos* en el sistema económico, aparte de *cuantitativos*. Se trata de un proceso no solamente de acumulación de capital, de mayor productividad del trabajo y de progreso tecnológico, sino también de la *creación de un sistema productivo*, es decir de la construcción social de una estructura. Ello exige la relación, interacción y coherencia entre las partes que constituyen esa estructura, y así como mejoramiento cualitativo de los productores directos, de sus capacidades y habilidades, de su formación y capacitación. (Perroux, 1984: 44).

El desarrollo no puede ser el resultado espontáneo de la acción de las leyes de mercado, sino que se trata de un proceso de transformación de estructuras, lo que implica la creación de un sistema productivo que asegure un desarrollo endógeno autosustentable. Como observaba Furtado en *Dialéctica del Desarrollo*:

“El desarrollo económico, que es fundamentalmente un proceso de incorporación y propagación de nuevas técnicas, entraña modificaciones de tipo estructural, tanto en el sistema de producción como en la distribución del ingreso. La forma en que estas modificaciones se hacen efectivas depende, en buena medida, del grado de flexibilidad del marco institucional dentro del cual opera la economía, grado de flexibilidad al cual

no es ajena la mayor o menor aptitud de las clases dirigentes para superar las limitaciones naturales de su horizonte ideológico”(Furtado, 1964: 65).

Lo característico de los sistemas productivos en el subdesarrollo es su desarticulación y extroversión (su proyección hacia fuera y su dependencia de los centros), rasgo que se conserva y se reproduce desde el pasado colonial de los países periféricos. Los sistemas productivos del centro son homogéneos, mientras que los de la periferia son heterogéneos (Rodríguez, 1980). Las economías subdesarrolladas son por definición desarticuladas, es decir economías que, como decía Perroux (1961:428) “*por razones estructurales están expuestas continuamente a bloqueos de desarrollo o de crecimiento*”.

Esas características estructurales no pueden entenderse al margen de las relaciones centro-periferia. Entre los sistemas productivos de los centros y los sistemas productivos de las periferias se establecen relaciones de dominación-dependencia y una división internacional del trabajo, que aunque cambiante, siempre ha sido favorable a los centros. La relación con el centro es determinante en la configuración de los sistemas productivos de la periferia, aunque ésta a su vez forma parte de la lógica de la acumulación de capital de los centros.

“La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados - afirmaba Paul Baran en su clásica obra sobre el subdesarrollo (1957: 201-202) – al precipitar con irresistible energía *algunas* de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras. La remoción de una gran parte del excedente corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados, no podría sino causar un serio retroceso de su acumulación de capital (...) Aunque la expansión de la circulación de mercancías, la pauperización de un gran número de campesinos y artesanos y el contacto con la técnica occidental dio un poderoso impulso al desarrollo del capitalismo, este desarrollo fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental.”

Los países de la periferia constituyen *sistemas productivos dominados*, es decir espacios desarticulados, que son una prolongación de los *sistemas productivos dominantes* de los centros del sistema capitalista. En muchos sentidos, las periferias se constituyeron sin poseer un sistema productivo propio.¹ Como las periferias se insertan en el capitalismo mundial sin poseer un sistema productivo, el desarrollo o si se quiere el proceso de salir del subdesarrollo, no es otra cosa, sino el proceso de construcción de un sistema productivo articulado y coherente, susceptible de asegurar, por sus propios

medios, la reproducción ampliada del capital. Ello conlleva la creación de una *base endógena de acumulación de capital* y de un sistema de innovación científica y tecnológica propios.

La creación de un sistema productivo es, pues, una tarea histórica e implica la puesta en marcha de un proyecto nacional de desarrollo, un proyecto donde las distintas fuerzas sociales interesadas en su consecución, impulsan nuevas estrategias para la construcción de esa base interna de acumulación, a la vez que redefinen su inserción en la economía mundial y su papel en la división internacional del trabajo. El desarrollo económico, es decir la construcción de un sistema productivo de esas características no es, entonces, algo que pueda producirse automáticamente a partir de las leyes del mercado, sino que implica un esfuerzo deliberado de la sociedad, la definición de una estrategia enfocada a ese fin, así como fuerzas sociales y políticas interesadas en alcanzarlo.

El desarrollo económico no constituye un fin en sí mismo. Su consecución es un prerequisite del progreso social, pero no lo garantiza. Bajo el capitalismo, el mercado dejado a su dinámica espontánea, genera desigualdad y concentra la riqueza, tanto social como regionalmente. La desigualdad es un fenómeno mucho más acusado en los países de la periferia, que en los centrales. Los países subdesarrollados se caracterizan, entre otras cosas, por lo que Perroux llamó la “no cobertura de los costos del hombre” Muchos años antes que A. Sen, Perroux advirtió que el desarrollo implicaba la cobertura de lo que llamaba los *costos del hombre*, definidos como “los gastos fundamentales del estatuto humano de la vida para cada uno en un grupo determinado”. Estos costos abarcan la satisfacción para todos los habitantes de la tierra, de mínimos de alimentación, salud, educación, vivienda y cultura, y “atañen a todo ser humano y no porque desempeña alguna actividad” (citado por Guillén Romo, 2008).

El desarrollo significa el mejoramiento de los productores no sólo en cuanto medios de producción, sino como sujetos de la Historia. El progreso social no puede lograrse mediante el mercado, sino solamente a través de la aplicación por parte del Estado de políticas de redistribución del ingreso, de la propia organización de los productores y de la creación y modificación de las instituciones. Para Furtado, el desarrollo es un proceso social de cambio cultural. Involucra el cambio de las estructuras económicas, pero también de los valores sociales. Según sus propias palabras:

“Se puede definir el desarrollo económico *como un proceso de cambio social por el cual un número creciente de necesidades humanas, preexistentes o creadas por el*

mismo cambio, se satisfacen a través de una diferenciación en el sistema productivo generada por la introducción de innovaciones tecnológicas (1964: 39-40)”²

En otras palabras, la obtención de esos mínimos de bienestar social, que ahora son reconocidos como derechos sociales del hombre dentro de la Declaración Universal de Derechos Humanos³, no es el resultado automático de la acumulación de capital, la cual dejada a la espontaneidad del mercado, genera desigualdad y concentración de la riqueza, sino una consecuencia de la lucha de clases, de la acción del Estado y de la organización gremial y política de la sociedad civil. En otros términos, el *progreso social* si bien reclama, como prerrequisito, un crecimiento duradero del producto nacional y de cambios cualitativos en la estructura productiva, requiere de la existencia de instituciones orientadas a ese fin y de la acción organizada de los grupos sociales. La teoría del “goteo” (*trickle down*), es decir la idea de que el crecimiento económico redundará, tarde o temprano, en progreso social, se ha revelado como falsa, tal como lo evidencian diversas experiencias históricas. Sin equidad, el crecimiento mismo se traba. Como afirmaba Fajnzylber:

“A diferencia del crecimiento esporádico, el crecimiento sostenido exige una sociedad articulada internamente y equitativa, lo que crea condiciones propicias para un esfuerzo continuo de incorporación del progreso técnico y de elevación de la productividad y , por consiguiente, del crecimiento (Fajnzylber, 1998)”

No se trata de elevar los niveles de alimentación, salud y educación de la población, con el objeto único de elevar la productividad del sistema económico y acelerar la acumulación de capital, sino de desarrollar las capacidades y habilidades de la población en cuanto seres humanos. Dejar el problema en esos términos sería dar a los productores, como bien señala Boltvinik, el estatuto de ganado, en vez de satisfacer crecientemente sus necesidades humanas esenciales. Este autor distingue entre “riqueza económica” y “riqueza humana”. La primera requiere del *progreso social*, entendido éste como “*la constitución de los presupuestos de un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas*” (Boltvinik, 2008). La segunda se refiere al desarrollo de las potencialidades humanas, libre de las ataduras que impone la alienación de las sociedades mercantiles. La eliminación de la pobreza económica se alcanza cuando existe un verdadero desarrollo y se elimina una de las características del subdesarrollo: la falta de cobertura de los “costos del hombre”. La otra dimensión, la riqueza humana reclama cambios de mayor trascendencia histórica: la instauración de un régimen socioeconómico superior al capitalismo que elimine el trabajo enajenado.

Resumiendo. El desarrollo es un proceso multidimensional técnico, económico, social, político y cultural que reclama una estrategia deliberada y la acción organizada de las instituciones y de la sociedad. El desarrollo no puede ser nunca el resultado espontáneo del mercado, pues este como afirmaba Prebisch, “carece de horizonte social y de horizonte temporal” (citado por Rodríguez, 1980: 112). El mercado ni redistribuye el ingreso ni crea estructuras productivas articuladas. El desarrollo entraña la consecución entrelazada de tres objetivos: un crecimiento económico alto, duradero y sustentable (compatible con la conservación de la naturaleza) del ingreso por habitante; la construcción de un sistema productivo autocentrado e integrado, es decir que cuente con una base endógena de acumulación de capital y un sistema propio de innovación científica y tecnológica, y la satisfacción de las necesidades básicas de la población en materia de alimentación, educación, salud y cultura, así como la satisfacción creciente de las *necesidades humanas esenciales*, lo que entraña el desarrollo y fortalecimiento de una democracia avanzada y participativa.

3. La “rebelión en la granja”

América Latina se encuentra en un momento decisivo de su historia. En más de dos décadas de políticas neoliberales se desmembraron sus incipientes sistemas productivos nacionales construidos en la etapa anterior de la sustitución de importaciones, se estancaron sus economías y se extendieron la el desempleo abierto, la precariedad en el empleo, la informalidad, la migración hacia los centros capitalistas y la pobreza. Actualmente varios países de la región, sobre todo de América del Sur, con gobiernos de izquierda o de centro-izquierda, están abandonando las recetas del Consenso de Washington, y diseñan y aplican estrategias de desarrollo alternativas, que les permitan obtener un crecimiento duradero de sus economías, resolver los ingentes problemas sociales de sus pueblos y recuperar autonomía frente a los imperialismos.

Se trata de una auténtica “revuelta latinoamericana” contra la hegemonía estadounidense, como la califica Bellamy Foster (2007), ya que constituye un momento histórico nuevo donde nuestros pueblos están, en las palabras de Chomsky (2007), “reafirmando su independencia”. Se trata de una revuelta en el “patio trasero” del imperialismo norteamericano, auténticamente de una “rebelión en la granja”.

Los vientos comenzaron a cambiar en América Latina a finales de la década pasada. Desde el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela en 1999, una decena de gobiernos que se reclaman como gobiernos de izquierda han asumido el poder político, incluyendo en

los últimos meses a los gobiernos de Fernando Lugo en Paraguay y Mauricio Funes en El Salvador. Al margen de las diferencias económicas, políticas e históricas que sin duda existen entre los países, el amplio espacio latinoamericano se ha decantado, en el curso de los últimos diez años, en dos grandes “bloques”:

- Un bloque neoliberal abiertamente uncido al Consenso de Washington y al gobierno estadounidense, que incluye México, Colombia, Perú, así como varios países centroamericanos y del Caribe, y al que se podría agregar Chile después del triunfo electoral de la derecha con Sebastián Piñera.
- Un polo progresista “posneoliberal” que incluye a la mayoría de los países sudamericanos y a algunos centroamericanos (Nicaragua y El Salvador) y del Caribe (¿República Dominicana?), incluyendo a Cuba que resistió la caída del socialismo real y sigue resistiendo el bloqueo estadounidense

Hay diferencias sustantivas entre las políticas económicas aplicadas en ambos polos. En el polo neoliberal, sobresalen como políticas: la adherencia a políticas macroeconómicas de carácter procíclico, la defensa irrestricta de los procesos de apertura comercial y financiera externa; la continuación de las privatizaciones de activos públicos; el apoyo a programas de integración neoliberales del corte de ALCA, TLCAN y de los acuerdos bilaterales de libre comercio; el desmantelamiento de los sistemas de seguridad social y de pensiones patrimoniales y su sustitución por regímenes privados de capitalización; la privatización creciente de los sistemas públicos de salud; el establecimientos de programas focalizados para combatir la pobreza extrema; y la subordinación de la política interna a las políticas de seguridad de Estados Unidos.

En cambio, en el polo progresista se intentan aplicar estrategias alternativas de desarrollo que lo diferencian del polo neoliberal y que justifican el hablar del tránsito a una fase posneoliberal. Entre las medidas se encuentran: una mayor atención para la solución de los problemas sociales (educación, salud, vivienda popular, combate a la pobreza); una revaloración del papel del Estado en la actividad económica; la recuperación de recursos naturales estratégicos (petróleo, gas, electricidad) de manos del capital extranjero; la eliminación de las privatizaciones de activos públicos; la prioridad concedida a esquemas de integración latinoamericanos y el rechazo a los esquemas de integración y de apertura promovidos desde el centro imperial; la reconsideración de las relaciones con el FMI (en algunos casos, la liquidación de los adeudos con ese organismo) y el rechazo a los condicionamientos que impone a las

políticas internas de los gobiernos. Todo ello, como afirma un autor, “refleja perfiles nacionales más autónomos sustentados, entre otros factores, en un proyecto propio y inédito de integración en marcha, cuya viabilidad deberá ser evaluada en los próximos años (Lichhtensztein, 2009: 175).

Una característica compartida de los procesos de cambio latinoamericanos es que todos se efectuaron por la vía pacífica, y que los gobiernos accedieron al poder político por la vía electoral. Aunque es imperativo subrayar que en varios de ellos como en Bolivia o Ecuador, el triunfo electoral fue el resultado de amplias y previas movilizaciones populares y de los pueblos originarios que provocaron la caída de gobiernos entreguistas y antipopulares. El propio proceso venezolano no se podría entender sin considerar la enorme movilización popular que impidió el golpe de estado de 2002 y permitió el retorno al gobierno del presidente Chávez.

Dentro del bloque progresista no obstante las coincidencias, existen diferenciaciones importantes que es necesario tener en cuenta. En realidad, no existe una vía única en la construcción de alternativas. Cada país, de acuerdo con su grado de desarrollo y sus condiciones políticas específicas, trata de encontrar su propio camino. En última instancia, las estrategias de desarrollo son y serán nacionales. No se trata como dice Marco Aurelio García de “construir tipologías de países – procedimiento peligroso, pues tiende a aniquilar especificidades y producir falsas coincidencias o antagonismos –, pero sí es posible –dice este autor– descubrir afinidades y diferencias históricas que ayudan a la comprensión del complejo mosaico que es América del Sur (García, 2010: 302-303)”. En su opinión, partiendo de sus condiciones históricas “se pueden establecer similitudes entre las situaciones de Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, así como descubrir algunas aproximaciones en la evolución de países como Venezuela, Perú, Ecuador, y Bolivia”.

Coincidiendo en general con esta apreciación, sugiero una mayor diferenciación agrupando el polo progresista en tres grupos de países, tomando en cuenta el “*set*” de políticas económicas que aplican sus gobiernos:

- Países del Posconsenso de Washington: Chile, Brasil y Uruguay
- Nuevo desarrollismo: Argentina
- Países del “socialismo del Siglo XXI: Bolivia, Venezuela y Ecuador.

Por lo reciente de sus cambios políticos, sería difícil y muy arbitrario ubicar a países como Paraguay, El Salvador o Nicaragua en cualquiera de esos grupos. Se necesita mayor tiempo para evaluar la trascendencia de sus cambios.

En términos generales, los países del Posconsenso se distinguen por el hecho de que aplican políticas económicas (monetarias, cambiarias y fiscales) restrictivas de carácter procíclico⁴. Por ejemplo, Brasil registra hasta la fecha, una de las tasas reales de interés más altas entre los países emergentes. Sin embargo, estos países introducen en sus políticas algunos elementos heterodoxos (impuestos a las entradas y salidas de capital, por ejemplo), y aplican estrategias de cambio estructural (papel del Estado, rol de la banca de desarrollo, control de los recursos estratégicos, relación con el capital extranjero, etc.) diferentes a las del “polo neoliberal”.

Argentina se diferencia de los países del Posconsenso. Sus políticas macroeconómicas podrían definirse como un nuevo desarrollismo. Si bien mantiene disciplina fiscal, ha introducido políticas monetarias y cambiarias heterodoxas (tasas de interés reales bajas y hasta negativas, tipo de cambio competitivo, además de haber aplicado el programa latinoamericano más audaz de cancelación de la deuda externa con acreedores privados, mediante quitas sustantivas al principal (alrededor del 70%).

Argentina superó la crisis de 2001 cuando decidió abandonar la camisa de fuerza del “consejo monetario” y estableció una política de tipo de cambio “bajo”, al tiempo que aplicó una política monetaria expansiva manteniendo tasas de interés ligeramente negativas. Además mediante la práctica cancelación de la deuda pública externa, liberó importantes recursos para impulsar el gasto público y los programas sociales. Durante los últimos cuatro años, este país ha logrado tasas de crecimiento del producto superiores al 8.5%. Entre 2003 y 2006, el PIB logró un crecimiento acumulado de 40.5% habiéndose rebasado los niveles de precrisis desde 2005. La tasa de inversión bruta aumentó del 12% en 2002 a 23% en la actualidad (Ferrer, 2008: 1). El crecimiento se ha sustentado en un incremento importante de las exportaciones de origen primario, pero también en el fortalecimiento del mercado interno y en cierta reindustrialización que la nueva política económica volvió factible.

El crecimiento sostenido del PIB ha permitido reducir la tasa de desempleo abierto, abatir la informalidad y empezar a revertir los índices de pobreza. El salario real se incrementó 40.1% entre junio de 2002 y 2007 (Weisbrot y Sandoval, 2007: 6). La desigualdad disminuyó, aunque se mantiene en niveles altos. El coeficiente de Gini pasó de 0.537 en 2002 a 0.490 en 2006. Este nivel todavía es superior al 48.2 registrado a mediados de los años noventa, y bastante más alto que el 42.5 de 1970 (Guillén, 2008).

Los resultados macroeconómicos extremadamente favorables conseguidos por Argentina no se explican solamente, como ya se dijo, por una coyuntura favorable en materia de precios de exportación, sino por un cambio de fondo en la política económica, por el abandono de las políticas procíclicas y de corte restrictivo inherentes al funcionamiento de la globalización financiera neoliberal; en otras palabras, por la aplicación de medidas heterodoxas en materia monetaria, cambiaria y de deuda externa. Para Ferrer (2008: 3) los rasgos principales de la política económica argentina “son el sostenimiento de un tipo de cambio consistente con la competitividad”, “la reaparición del Estado, como árbitro de los conflictos”, “la reducción progresiva del endeudamiento externo” y “la utilización de la política de ingresos como instrumento (...) para orientar la evolución de los precios y administrar las presiones inflacionarias”.

Por su lado, los países del “socialismo del siglo XXI” se distinguen, entre otras cosas, por el hecho de que privilegian la recuperación de recursos estratégicos en manos del capital extranjero; desarrollan formas de producción comunitarias; practican la reforma agraria; y han desarrollado formas políticas de democracia avanzada y de participación y gestión popular, mediante reformas sustantivas a su marco constitucional a través de asambleas constituyentes.

Venezuela es otro ejemplo de cómo revertir el estancamiento, cuando se dejan de lado los dogmas neoliberales del Consenso de Washington. Ello fue posible cuando el gobierno bolivariano abortó el golpe de Estado orquestado por la oligarquía y el imperialismo norteamericano en 2002, y desbarató la nueva asonada derechista de la huelga petrolera recuperando para el Estado el control de la empresa PDVESA en 2003. Desde 2003, el PIB real ha crecido un 76%. Durante 2006-2008 se han alcanzado tasas de crecimiento superiores al 10% anual. Es cierto que la expansión económica se apoyó en la bonanza de los altos precios internacionales del petróleo, pero los resultados habrían sido muy distintos si el gobierno se hubiera adherido a los principios neoliberales del equilibrio fiscal y las políticas monetarias y salariales pasivas⁵. Al contrario, se aplicaron políticas activas en materia monetaria y fiscal. Como lo reconocen Weisbrot y Sandoval (2007: 3):

“Es probable que las políticas fiscales y monetarias expansionistas, así como los controles sobre el tipo de cambio aplicados por el gobierno, hayan contribuido a este auge económico presente. El gasto del gobierno central se incrementó del 24 por ciento del PIB en 1998 al 30 por ciento en 2006. Las tasas reales de interés a corto plazo han

sido negativas durante todo o prácticamente todo el periodo de recuperación económica”.

No solamente ha habido crecimiento durable, sino que se han introducido, auténticas políticas de desarrollo, si por desarrollo entendemos un proceso de elevación de las capacidades y habilidades de la población. El mejoramiento en materia de alimentación, salud y educación es notable. El gasto social, como proporción del PIB, se incrementó del 8.2% en 1998 al 13.6% en 2006. Si se incluyen los gastos sociales que efectúa la petrolera PDVESA, el gasto social como porcentaje del PIB se eleva al 20.9% (Ibíd: 4).

4. Avances en la conformación de nuevos bloques de poder

El fin de la “pesadilla neoliberal” como la calificó el presidente ecuatoriano Rafael Correa no es meramente un asunto de nuevas políticas económicas. Estas son necesarias pero insuficientes. América Latina está urgida también de una estrategia política para desmontar el andamiaje del neoliberalismo, que no es otra cosa que una estructura de poder antinacional y antipopular. Atrás de las altas tasas reales de interés, del mito del equilibrio fiscal, de la “independencia de los bancos centrales” y de la sobrevaluación de las monedas, se esconden poderosos intereses, que no son otros que los del capital financiero internacional y de las élites internas que se han beneficiado de la apertura comercial y financiera. El Consenso de Washington conviene enfatizarlo, no sólo representó la adherencia dogmática a su decálogo de políticas neoliberales, sino que significó un compromiso político, una alianza de clases entre el capital financiero globalizado y los gobiernos de los centros con las elites y gobiernos de la periferia.

Entonces, la puesta en marcha de una estrategia alternativa de desarrollo, no es un problema técnico, sino fundamentalmente político. Sobre todo en aquellos procesos como Venezuela, Ecuador y Bolivia que plantean un objetivo socialista, no hay reestructuración económica que no pase por una transformación fundamental de la sociedad y del poder político; de otra manera, los cambios económicos sólo restaurarían el poder de las oligarquías (Mészáros, 1995). Se requiere construir un nuevo de “bloque de poder”⁶ que represente una nueva hegemonía. Pero es igualmente válido para los procesos de cambio en Brasil, Uruguay o Argentina, donde la viabilidad de un proyecto nacional de desarrollo pasa por una reconfiguración del “bloque de poder”.

En contra de lo que piensan algunos, en el sentido de que la globalización anula la posibilidad de aplicar estrategias alternativas en el espacio nacional, y de a que los

perdedores del proceso de globalización neoliberal sólo les queda la resistencia global, la historia reciente nos muestra que la Nación sigue siendo un espacio privilegiado de la lucha de clases y para el diseño y ejecución de estrategias diferentes al neoliberalismo. Ello incluye el espacio electoral. Para revertir el neoliberalismo no basta con la resistencia global. La unión internacional de los movimientos desde abajo es un elemento importante, pero insuficiente. Coincido con Tarik Alí (2006: 34) en que la máxima del movimiento altermundialista de que “es posible cambiar el mundo sin tomar el poder”, tomada de la experiencia zapatista, se convierte en un llamado a la inacción política”.

A diferentes ritmos y atendiendo a especificidades nacionales, Brasil, Argentina, Venezuela, Uruguay, Ecuador y Bolivia, son ejemplos vivientes de que el ascenso al gobierno de partidos y movimientos progresistas, ha creado las condiciones para la construcción de proyectos económicos alternativos. Pero al mismo tiempo esos procesos de cambio nos muestran que el ascenso al gobierno no basta y que se requiere de voluntad política y de la profundización de la democracia, así como de deshacerse de los dogmas y de la ideología neoliberal para desmontar el andamiaje del poder oligárquico, nacional y antipopular, tarea nada sencilla ni tersa.

Poner a nuestros países en el sendero de un proyecto nacional de desarrollo – proyecto que desapareció durante veinticinco años de neoliberalismo y políticas fundamentalistas de mercado - no implica superar el capitalismo por decreto, sino solamente enrumbarlos de nuevo en la vía del desarrollo, es decir, en el camino de un crecimiento económico durable, de la construcción de un sistema productivo más articulado y autónomo y de poner en el centro de la estrategia la solución de los ingentes problemas sociales (alimentarios, educativos, de salud y de vivienda) de las grandes mayorías de nuestros pueblos.

En la medida que “proyecto nacional” no es igual a “socialismo”, durante varios años existirá en los países que logren construir una alternativa y derrotar al neoliberalismo, una contradicción entre la lógica del capital, definida por la ley de acumulación y la ley de la maximización de beneficios, con la lógica de los fines y de las necesidades de la población⁷. La solución de esa contradicción no es económica, sino ante todo, política. Depende en lo esencial de la capacidad de la sociedad organizada (partidos, movimientos y organizaciones ciudadanas) para construir una democracia avanzada, es decir, participativa, que garantice que la lógica de los fines se

imponga sobre la lógica de la acumulación de capital. Como con toda razón afirma Lebowitz (2007: 4), para construir una alternativa que vaya “más allá del capital”:

“un aspecto crítico (...) es el reconocimiento de que la capacidad humana se desarrolla sólo a través de a la actividad humana, solamente a través de lo que Marx entendía por ‘práctica revolucionaria’, el cambio simultáneo de modificación de las circunstancias y de autocambio (...)”.

En su opinión:

“La concepción que verdaderamente amenaza la lógica del capital en la batalla de las ideas, es una que explícitamente reconoce la centralidad del autogobierno en el lugar de trabajo y de autogobierno en la comunidad, como el medio para la liberación del potencial humano”.

No es un accidente de la historia, que más allá de Cuba – que ha resistido bloqueos imperiales añejos y la caída del “socialismo real” -, la vanguardia de la transformación latinoamericana reside ahora en Bolivia y Venezuela, donde el pueblo y sus líderes han sido capaces de llevar adelante una estrategia de construcción de un nuevo “bloque de poder” y de minar, aunque todavía no eliminar las bases del poder oligárquico y proimperialista. La revolución bolivariana de Venezuela logró propinarle a la oligarquía tres grandes derrotas: el fracaso del golpe de estado, el fracaso de la huelga petrolera y su derrota en el referéndum revocatorio de 2004 (Harnecker, 2007).

Son varios los avances en el proceso de construcción de una democracia participativa avanzada en Venezuela, donde destacan la creación de los consejos comunales, como instancias de base de poder popular y regional, la profundización del proceso de nacionalizaciones en el núcleo estratégico de la energía y de las telecomunicaciones; y la erosión parcial y aún insuficiente del poder ideológico de los medios de comunicación, mediante la cancelación de un canal de televisión de la oligarquía comprometido con el frustrado golpe de Estado de 2002. Sin embargo, el gobierno bolivariano sufrió un serio golpe temporal con el rechazo del referéndum constitucional en 2008, lo que lo obligó a reorientar su estrategia y a diseñar y poner en práctica un programa económico para resolver los retos que plantean la inflación, la sobrevaluación cambiaria y la falta de diversificación productiva. Desde mi punto de vista, el rechazo de la nueva constitución obedeció a una insuficiente definición de lo que se entiende por socialismo del siglo XXI, poca discusión de su contenido con y entre la población, el temor al cambio de algunos sectores y una eficaz campaña anticomunista de la derecha y los medios masivos de comunicación en manos

de la oligarquía, que lograron ampliar la oposición al régimen a un grupo numeroso de estudiantes universitarios. El triunfo posterior de la reforma constitucional propuesta por el gobierno chavista, con diez puntos porcentuales de ventaja, que aprueba la reelección indefinida de los cargos de elección popular, allana el camino para la continuación del proceso de cambio. Actualmente – comienzos de 2010- la derecha se encuentra a la defensiva y dividida.

No es tampoco un accidente de la historia que el cambio en América Latina haya adquirido mayor profundidad en países como Bolivia y Ecuador. Si bien Evo Morales y Rafael Correa llegaron al gobierno por la vía electoral, lo hicieron gracias a una larga lucha de resistencia y de organización de los trabajadores y de los grupos indígenas, quienes se levantaron para expulsar del poder a los gobiernos de Sánchez de Losada y de Luciano Gutiérrez, respectivamente. Lo mismo en Argentina, donde la magnitud de la crisis de 2000-2002, provocó formas inéditas de organización popular desde abajo. Sin embargo el kirschnerismo ha sido incapaz de crear una dirección política independiente del justicialismo.

Los gobiernos progresistas de Evo Morales en Bolivia y Correa en Ecuador si bien cuentan con un amplio respaldo popular, enfrentan una abierta oposición de sus oligarquías. La confrontación es especialmente aguda en Bolivia, con las poderosas oligarquías de Santa Cruz y de otras provincias, que amenazan con su autonomía para detener el proceso de cambio nacional. La situación en materia de hegemonía entre el “polo popular y el “polo oligárquico presentaba, como afirmaba el vicepresidente García Linera (2008) empleando un término gramsciano, “un empate catastrófico”. Sin embargo, el referéndum revocatorio de agosto de 2008 inclinó la balanza a favor del “polo popular”. El amplio triunfo logrado por Evo en su reelección solidificó los avances, en la dirección de construir una democracia avanzada.

La división maniquea que a veces se realiza en sectores de la izquierda de los procesos de cambio actuales en América Latina, distinguiendo entre “neodesarrollismo” y “proyectos anticapitalistas” poco ayuda a para la comprensión de los retos presentes. Es en cierta forma la misma taxonomía de la visión imperial y oligárquica, que tiende a clasificar de “izquierda moderna” a los regímenes de Chile, Brasil y Uruguay y de izquierda “populista” a los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, dejando en un limbo “intermedio” a Argentina.

En mi opinión, un proyecto “neodesarrollista” como el de Argentina no es en sí mismo, procapitalista ni anticapitalista. Sin embargo, sí es antineoliberal, desde el

momento que implica una ruptura con las políticas del Consenso de Washington. Es verdad que el proyecto alternativo argentino beneficia y ha sido respaldado por sectores de la burguesía industrial y de la vieja y de la nueva oligarquía agroexportadora. Lo mismo sucede en Brasil. Pero de allí no se desprende que la estrategia escogida sea incorrecta. En todo caso lo que importa es la “dirección” del proceso de cambio y la capacidad que tengan los grupos populares de ver representados sus intereses en un “nuevo bloque en el poder”. Si la dirección del proceso se pierde, sí existe el peligro de una “restauración oligárquica”, si en ambos países triunfa la derecha en las siguientes elecciones presidenciales. Pero ese peligro existe inclusive en Venezuela y en los demás regímenes de izquierda, porque la oligarquía aún conserva las bases económicas e ideológicas de su poder.

Un símil parecido a la situación actual, aunque en un contexto histórico diferente, fue lo escenificado durante las décadas de los treinta y cuarenta. En ese entonces, los proyectos nacionales de desarrollo que impulsaron la industrialización sustitutiva de importaciones, fueron encabezados por regímenes políticos antioligárquicos que respondían a los intereses de una emergente burguesía industrial, pero que representaban también amplios sectores populares de trabajadores y/o de campesinos. Ese fue el caso de los gobiernos de Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Perón en Argentina o Haya de la Torre en Perú.

El modelo de sustitución de importaciones no había agotado sus posibilidades, ni entró en crisis en los setentas solamente por razones económicas. Como he planteado en otro trabajo (Guillén, 2008: 30-31), los obstáculos fueron fundamentalmente políticos.

“Durante la década de los sesenta y setenta se había conformado una oligarquía muy distinta a la del modelo primario-exportador, estructuralmente vinculada a las empresas transnacionales y al capitalismo financiero internacional por la vía de la deuda externa. A esas alturas, el proyecto nacional de desarrollo que había sido impulsado por los regímenes progresistas de los años cuarenta y cincuenta, había sido prácticamente abandonado por las nuevas elites. Tampoco el escenario político latinoamericano abonaba el terreno para experimentos nacionalistas y populares. El ascenso y consolidación de la revolución cubana, había recrudescido la política de “guerra fría” y subordinado a las elites políticas latinoamericanas a los intereses estadounidenses”.

Hoy como ayer, los obstáculos son principalmente políticos y reencontrar el camino del verdadero desarrollo dependerá de la capacidad que tengan los grupos populares y sus vanguardias para profundizar la democracia y sus contenidos. Como decían Marx y

Engels en el *Manifiesto* (1976: 128) “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”.

5. El imperialismo estadounidense reconcentra su atención en el “patio trasero”

La hegemonía estadounidense se encuentra en crisis. Sus principales problemas en la era actual, son la pérdida de consenso y la sobreextensión de los conflictos. Irak y Afganistán se han convertido en “guerras perpetuas” de alto costos humanos y económicos, y sin solución pronta. Al empantanamiento militar se viene a agregar ahora la crisis global, la cual debilita la hegemonía financiera estadounidense y el papel del dólar como divisa clave de la economía mundial.

Es difícil discernir el desenlace del proceso de transición hegemónica que experimenta el mundo. Sin embargo, el escenario más probable pareciera el de la continuación de la dominación estadounidense -dominación sin hegemonía como le llama Arrighi (2007) - en un marco de descomposición y erosión de las bases de su liderazgo, de diferencias crecientes con sus socios de la Tríada, y de conflictos en ascenso con los países de la periferia, que no encuentran en la globalización neoliberal una respuesta a sus aspiraciones de desarrollo.

Debido al atascamiento de Estados Unidos en Irak y Afganistán, América Latina contó con condiciones relativamente favorables para llevar adelante la “rebelión en la granja”, en el espacio de lo que la superpotencia siempre ha identificado como su “patio trasero”.

Es previsible - y de hecho ya está sucediendo - una contraofensiva del imperialismo estadounidense y de la derecha contra los regímenes de izquierda en América Latina. Coincido con Borón (Arellano, 2007), en que la declinación hegemónica de Estados Unidos, obligará este país a uncirse cada vez más a lo que es su “zona de influencia” histórica. Los pies de su aparato militar y de espionaje ya se encuentran firmemente anclados en América Latina. El llamado Comando del Sur de los Estados Unidos opera siete bases militares en la región: Guantánamo, Cuba, ominoso centro de tortura; la base de Soto Cano en Honduras, desde donde se desarrollaron las acciones en apoyo de la contra sandinista; dos estaciones de seguridad en las colonias holandesas de Aruba y Curazao; la base de Comalapa en El Salvador; la base de Manta en Ecuador, y la más reciente, la base del Chaco en Paraguay, cerca de la frontera con Bolivia (Johnson, 2006). Ahora durante la administración de Obama se agrega el uso de las bases militares colombianas. El Comando del Norte del ejército estadounidense considera a México y

Canadá dentro del perímetro de seguridad de Estados Unidos, en función de lo acordado en el Acuerdo para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPA).

El ataque del ejército colombiano al grupo guerrillero de las FARC en territorio ecuatoriano, con apoyo logístico estadounidense, representa la primera aplicación de la estrategia neoconservadora de la “guerra preventiva” en territorio latinoamericano. Es el primer aviso de que Estados Unidos y sus aliados en la región intervendrán cuando sientan amenazados sus intereses. Aunque como bien recuerda Bellamy Foster (2007), Estados Unidos no necesita de doctrina de la “guerra preventiva” para intervenir en América Latina, ya que esa doctrina está presente respecto a A.L. desde el lanzamiento de la “Doctrina Monroe”. Cada vez que han considerado que sus intereses han sido afectados en algún país, ha recurrido a la intervención directa o velada, como lo prueba la sucesión de golpes y asonadas registrados por la Historia. Por citar dos de los más recientes: la intervención en Panamá en 1989 para derribar al régimen de Noriega y la invasión de la isla caribeña de Granada en 1983.

A pesar de que los pies del imperialismo siguen atrapados en Irak y Afganistán, Estados Unidos dará mayor prioridad a nuestra región, en los próximos años. Este mayor interés por América Latina en la agenda estadounidense no arranca con Obama, sino que es una tendencia que se perfila en los últimos dos años de la administración de Bush II. El 20 de septiembre de 2007, el halcón John D. Negroponte, ex-director supremo de los cuerpos de seguridad estadounidenses, señaló que 2007 es el año de “la gran interacción” con América Latina, e instó a aprobar los acuerdos de libre comercio con Colombia, Panamá y Perú pendientes de aprobación en el Congreso de su país. Consideró que casi todos esos son “líderes democráticos comprometidos con las prácticas de libertad política y económica que están produciendo un desarrollo real y crecimiento (sic)”. Concluyó que “fracasar en la aprobación de esos acuerdos (...) sería un triunfo para el presidente Hugo Chávez y una derrota para las fuerzas de la democracia en el hemisferio” (La Jornada, 2007 a).

El carácter estratégico de América Latina para Estados Unidos está claramente inscrito en la estrategia global estadounidense. El abasto energético hemisférico es fundamental. El 30% de sus importaciones petrolíferas proviene de América Latina, contra 20% que llegan del Medio Oriente. De acuerdo con un documento de la Presidencia de ese país (2006, 37):

“Nuestro objetivo sigue siendo un hemisferio totalmente democrático, vinculado por la buena voluntad, la cooperación en la seguridad, y la oportunidad para prosperar de

todos nuestros ciudadanos. *Los tiranos y aquéllos que los siguen, pertenecen a una era pasada y no debe permitírseles revertir el progreso de las últimas dos décadas.* Los países del hemisferio deben ser ayudados en la vía del desarrollo económico y político sostenido. *El engañoso llamamiento del populismo antimercado no debe ser permitido,* porque erosionaría las libertades políticas y atraparía a los más pobres del hemisferio en ciclos de pobreza. Si los más cercanos vecinos no son seguros y estables, los estadounidenses estarían menos seguros”.⁸

El mensaje es claro. Hay que deshacerse de quienes se alejan del Consenso de Washington. En el mismo sentido, el Jefe del Comando del Sur, Jim Stavridis (La Jornada, 2007b), dejó en claro que los regímenes populistas latinoamericanos antiestadounidenses están provocando que la cooperación regional de Estados Unidos vaya a la deriva.

“A largo plazo, si Estados Unidos se relaciona de manera proactiva, creemos que el fracaso de los modelos económicos y políticos radicales en cumplir con sus promesas (de progreso) detendrá esa deriva y promoverá un realineamiento favorable a Estados Unidos”

Es improbable que, por ahora, el imperialismo norteamericano recurra a una intervención militar directa en la región. La crisis global, las guerras de Irak y Afganistán –extendida al estratégico Pakistán –, los problemas irresolubles en el Medio Oriente ocupan el centro de su atención. La estrategia estadounidense es la de provocar la división entre los países de América Latina, con el objeto de debilitar aquellos gobiernos que más han avanzado en su transformación económica y política. El uso del término de “populismo” para calificar a los gobiernos o movimientos que deciden salirse de los moldes del Consenso y del Postconsenso de Washington, pretende la separación entre una “izquierda buena” en Chile, Brasil o Uruguay y una “izquierda mala” encabezada por Chávez, Evo o Correa. Esa visión maniquea es reproducida, por desgracia, desde algunas posiciones ultraizquierdistas, las que sin entender las dificultades y contradicciones de los procesos reales de cambio, dividen a los gobernantes en “revolucionarios” y “traidores”. Para los Estados Unidos resulta vital separar y dividir a los regímenes calificados de “populistas”, con Chávez y Evo a la cabeza, de los que califican como “izquierda moderna”.

Esa visión de América Latina se mantiene, en lo esencial, en la nueva administración de Obama. Si bien ha mostrado mayor interés por acercarse a América Latina y ha efectuado algunos cambios por ejemplo en su relación con Cuba al eliminar algunas

restricciones pero sin levantar el bloqueo económico, mantiene su estrategia divisionista. El apoyo velado pero indiscutible al golpe de estado en Honduras es la mejor prueba de que la contraofensiva imperial en el “patio trasero” está en marcha.

El nuevo Subsecretario de Estado de Estados Unidos, James Steinberg, señaló que “nuestros amigos y socios en América Latina están buscando que los Estados Unidos les provean un liderazgo fuerte y sostenido en la región, como contrapeso a gobiernos como los que están actualmente en el poder en Venezuela y Bolivia, que persiguen políticas que no sirven a los intereses de sus pueblos o de la región (Howard, 2009)”

La estrategia estadounidense se desenvuelve en varios frentes, más que a través de intervenciones directas, mediante el apoyo a las derechas nativas. Sus objetivos principales: reinsertar a los países, donde se celebrarán elecciones presidenciales próximamente como Brasil y Argentina, en los carriles de la maltrecha globalización neoliberal; promover la división de los países latinoamericanos y debilitar sus diversas instancias de integración económica y política; y aislar y debilitar a los regímenes más radicales (Evo y Chávez).

6. Conclusiones

El proceso de transformación de América Latina que se inició con el despunte del siglo XXI muestra que cada país tiene su propio camino posneoliberal. Su historia, el grado de desarrollo de sus sistemas productivos, sus formas de inserción específicas en la economía mundial sus formas de organización política, entre otros factores, determinan caminos y estrategias diferentes.

La situación actual de América Latina es sin duda compleja, con graves dificultades a encarar en el futuro inmediato. El impacto de la crisis global es y será diferenciado, afectando menos a aquellos países que han avanzado en la edificación de proyectos alternativos de desarrollo.

El camino de México, de Colombia y de los países más cercanos al Consenso de Washington parece definido: integrarse más con Estados Unidos, aplicar sin cambios la ortodoxia neoliberal; subordinarse a los organismos multilaterales y esperar a que pase el diluvio para refloatar el modelo neoliberal. Para algunos puede ser un escenario atractivo, pero los costos sociales serán inmensos. Sin duda se profundizarán la heterogeneidad estructural, la desigualdad social y la pobreza.

La ruta para los gobiernos autodefinidos como progresistas, que son la mayoría de la región, tampoco es fácil. Estos gobiernos deberán perseverar, en un contexto mundial

convulso, en su unidad; en la profundización de sus procesos de transformación económica y política internos; en la búsqueda de estrategias y políticas de desarrollo alternativas; en la construcción de nuevos bloques de poder y regímenes de democracia avanzada y participativa; en la ampliación de sus relaciones con las potencias emergentes (China, Rusia, India, Irán, etc.); y en la concreción y fortalecimiento de esquemas de integración sur-sur. Y todo ello, en el marco de una contraofensiva de la ultraderechas de la región y de la estrategia imperial de los Estados Unidos, como lo revelan entre otros signos ominosos, el golpe de estado en Honduras y el uso de bases militares en Colombia por el ejército estadounidense.

Es responsabilidad de cada pueblo y de sus vanguardias, en todo caso, enmendar errores, cuando sus líderes eligen el camino equivocado o traicionan sus programas. Pero lo que las izquierdas latinoamericanas no pueden hacer es caer en el juego de los imperialismos y promover la división. Por el contrario, en un sentido estratégico, una de sus tareas principales es avanzar firmemente en el proceso de unidad e integración latinoamericanas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alí, T. (2006). *Pirates of the Caribbean*. Londres, Verso.
- Arellano Ortiz, F. (2007). *Atilio Borón plantea alternativa al neoliberalismo*. ALAI, <http://alainet.org/active/19666>
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith in Beijing*. Londres-Nueva York, Verso.
- Baran P. (1957). *La economía política del crecimiento*. México, F.C.E.
- Bellamy Foster, J. (2007). “The Latin American Revolt”, en *Monthly Review*, vol.59, núm. 3, www.monthlyreview.org/0707foster.htm
- Boltvinik, J. (2008). “Evaluación crítica del enfoque de capabilities de Amartya Sen (primera parte)”. Revista Siglo XXI, Num. 12. México, IPN-CIECAS. Verano
- Chomsky N. (2007). “Imminent Crises: Threats and Opportunities”, en *Monthly Review*, vol.59, núm. 2, www.monthlyreview.org/0607nc.htm
- Fajnzylber, F. (1998). “Industrialización en América latina: de la caja negra al casillero vacío”. *Cincuenta años de pensamiento de la Cepal*. Vol. 2. Santiago de Chile, F.C.E.-CEPAL.

- Ferrer, A. (2008). “La economía argentina: situación actual y perspectivas” en J.Deniz, A.Guillén y G.Vidal coord. *Desarrollo y Transformación. Opciones para América Latina*
- Furtado C. (1964). *Dialéctica del desarrollo*. México, F.C.E., primera edición en español, 1965.
- García Linera, A. “Empate catastrófico y punto de bifurcación”-. ALAI, <http://alainet.org>
- García, M.A. (2010). “América Latina: del destino a la construcción” en J.Deniz, A.Guillén G.Vidal coord. *Ob.cit.* España, F.C.E.
- Guillén A. (2008) “Modelos de desarrollo y estrategias alternativas en América Latina” en E.Correa, J. Deniz y A. Palazuelos coordinadores. *América Latina y desarrollo económico*. Editorial Akal, Madrid
- Guillén Romo H. (2008). *México frente a la mundialización neoliberal*. México, Ediciones Era.
- Harnecker, M. (2007). “Golpes y contragolpes”, en América Latina en movimiento, <http://alainet.org>
- Howard A. “Hillary Clinton and James Steinberg ‘Talk Tough’ on Latin American”. <http://www.coha.org/2009/02/hillary-clinton-and-james-steinberg-talk-tough-on-latin-america/>
- Johnson, Ch. (2006). *Nemesis*. EE.UU., Metropolitan House.
- La Jornada (2007a). “Libre mercado y democracia para que AL sea exitosa: John Negroponte”. México, 20 de septiembre.
- ----- (2007b) “Pobreza, origen del problema de inseguridad en América Latina”, México, 3 de noviembre
- Lebowitz M. (2007) “Venezuela: A Good Example of the Bad Left of Latin America” en *Monthly Review*, vol. 59. Núm. 3, www.monthlyreview.org/0707lebowitz.htm
- Lichtensztejn S. (2009). “Reflexiones y balance actual sobre las nuevas políticas de izquierda en América Latina en Samuel Lichstensztejn compilador. *Nuevas políticas económicas de izquierda en América Latina*. Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Marx, C. y Federico Engels (1976). “Manifiesto del Partido Comunista”. *Obras Escogidas. Tomo I*. Moscú, Editorial Progreso.
- Mézaros, I (1995). *Beyond Capital*. New York, Monthly Review Press.

- Myrdal, G. (1979). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México, quinta reimpresión, F.C.E.
- Poulantzas, N. (1968). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México, 23a. edición en español, Siglo XXI editores.
- Perroux F. (1984). *El desarrollo y la nueva concepción de la dinámica económica*. Barcelona, Serbal-UNESCO
- ----- (1961). *L'Economie du XXe siècle*. Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1991.
- President of the United States (2006). *The National Security Strategy of the United States of America*. Washington, marzo. <http://www.whitehouse.gov/espanol/index.es.html>
- Rodríguez O. (1980). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México, Siglo XXI ed.
- Singer, H.W (1981). *La estrategia del desarrollo internacional*. México, F.C.E.
- ----- (1996). “Comercio e inversión en países poco desarrollados. Distribución de las ganancias entre los países inversores y los deudores”. *El Trimestre Económico*. Vol. LXIII (1), Num. 249. México, F.C.E.
- Weisbrot y Sandoval (2007a). *La economía venezolana en tiempos de Chávez*, en Washington, Center for Economic and Policy Research, www.cepr.net
- Williamson J. y Pedro Pablo Kuczynski (2003). *After the Washington Consensus*. Institute for International Economy. Washington.